

Réquiem por un político honesto

El 2 de julio de 1995 se cumplirá el cuarto aniversario de la muerte de mi padre, Manuel Eduardo Zayas-Bazán y Recio. Murió sorpresivamente, después de una supuestamente simple operación del corazón para reparar una válvula defectuosa. Sus hijos lo habíamos animado a hacérsela, pensando que con ella le estábamos dando 10 años más de vida. Cuando lo operaron, los cirujanos encontraron el corazón en peor estado de lo que pensaban, y Papá sólo pudo sobrevivir cuatro días más, dejándonos sin preparación para su inesperada partida.

A pesar de haber ocupado posiciones políticas importantes, mi padre era un hombre dulce, sencillo y jovial al que todo el mundo llamaba Eddy. Llevaba lo de la política en la sangre. Su padre, Rogerio Zayas-Bazán y Ramírez, obtuvo el grado de Comandante en la Guerra de Independencia. Después fue gobernador de Camagüey, Secretario de Gobernación y senador de la República. Su abuelo por parte de madre, el Dr. Tomás Recio y Loynaz, fue miembro del primer Senado en 1902. Su tío abuelo, el General Lope Recio, fue el primer gobernador de Camagüey en la Cuba republicana. Mi padre fue elegido representante cuando sólo tenía 23 años, siendo después reelegido dos períodos más. Fue senador de 1948 a 1952, y gobernador de Camagüey de 1954 a 1958. Nunca fue derrotado en una elección, y fiel a la tradición de su padre, perteneció siempre al Partido Liberal.

Mi padre era un político atípico: no era orador, y aunque podía expresarse bien en discusiones informales, a la hora de hablar en público, lo petrificaba el miedo escénico. En los actos públicos, eran sus subalternos los que tomaban la palabra en su nombre. Sólo recuerdo haberlo oído decir unas palabras en 1954 cuando tomó posesión del cargo de gobernador en el Palacio Provincial de Camagüey.

Papá era una de las personas más serviciales que he conocido. A través de su vida prestó miles de servicios a sus coterráneos, hubieran votado por él o no. Tenía un conocimiento profundo de la política local y un grupo formidable de fieles amigos y seguidores que lo ayudaban en la organización y desarrollo de sus campañas políticas. Sin embargo, como político tenía un gran problema: era intransigente en cuestiones de sinvergüencería y más de uno que no lo conocía pasó momentos desagradables al atreverse a plantearle algo que consideraba incorrecto.

Mi padre poseía una virtud muy rara en Cuba: era un político honesto. Eso lo heredó de su padre, el Comandante Zayas-Bazán, que gozó de fama por su honestidad y por querer acabar con el juego y la prostitución en Cuba cuando fue Secretario de Gobernación durante los primeros cuatro años del gobierno del General Machado. En Cuba ha habido muy pocos políticos que no se hayan enriquecido en el poder. Cuando el triunfo de la revolución de Fidel Castro, las posesiones de Papá eran las mismas que

había heredado a la muerte su padre, más las propiedades que Mamá había heredado de los suyos. A nosotros, sus hijos, nos dijo en repetidas ocasiones: "No les dejaré mucho dinero, pero sí un nombre del que se sentirán orgullosos". Y así fue. Esta actuación tan rara en un político cubano es lo que le da méritos especiales a Papá. No importa que no haya sido un caudillo carismático o un brillante orador; para mí, más relevante fue la honestidad con que actuó y el ejemplo que dejó. Si en Cuba hubiéramos tenido más políticos honestos, políticos inspirados por sus mejores sentimientos, deseosos de mejorar el nivel de vida del pueblo en vez de mejorar su propio nivel de vida, no hubiéramos terminado con un Fidel Castro que supo explotar muy hábilmente las frustraciones del pueblo cubano con nuestra corrupta política de la época republicana.

Papá cometió un grave error. Después del golpe de estado del General Batista en marzo de 1952, el partido Liberal pactó en 1954 con el PAU, el partido de Batista. Papá no pudo resistir la tentación y accedió a ir de candidato a gobernador de Camagüey. Bien cara le iba a costar esa decisión.

Con el triunfo de Castro, Papá, que había intercedido a favor de un sin número de revolucionarios y había facilitado la salida de Cuba de más de un perseguido, pasó sus apuros los primeros días de la revolución. Húber Matos, el nuevo jefe militar de Camagüey, que no concebía que el gobernador de Camagüey

del gobierno anterior se encontrara libre, fue a buscarlo personalmente a su casa y después de arrestarlo, lo mantuvo preso en el Cuartel Monteagudo mientras lo investigaba. Allí lo tuvieron por casi dos meses, hasta que se dieron cuenta que no había hecho nada malo ya que no había cargos contra él y todas las cuentas en el Gobierno Provincial cuadraban perfectamente.

Después de ser puesto en libertad, Papá se quedó tranquilo en su casa del Reparto Garrido. Al poco tiempo le confiscaron su finca La Teja, que había heredado de su padre cuando tenía 19 años. Entonces se dedicó a vender seguros y a administrar la colonia de cañas de azúcar de su madre. No quiso salir de Cuba porque pensaba que no podría defenderse y quería asegurarse de que su nombre quedara bien limpio en ese proceso revolucionario.

Mi padre llevó sus desgracias personales con un estoicismo admirable. El retraso mental de Luisito, nuestro hermano menor, fue causa de gran sufrimiento en nuestra familia, pero Papá aceptaba esa carga con humildad, como algo que nos había mandado Dios. Mamá, que tenía una salud precaria, quedó muy afectada por los acontecimientos de estos años y su salud se quebrantó precipitadamente desde 1959 en adelante. Esto último contribuyó a que Papá decidiera quedarse en Cuba.

En 1964 lo involucraron en una conspiración liderada por Alberto Fernández Medrano, y en la que

también apresaron a su íntimo amigo Marcelino Martínez Tapia y a Armando Paradela y a Enrique Bermúdez. Los nombres de todos habían aparecido en una lista de presuntos conspiradores que la policía del gobierno comunista le había encontrado a Fernández Medrano. Papá era completamente inocente y así lo mantuvo siempre durante los largos días de interrogatorio en el G-2 de Camagüey, que antes había sido la casa de su suegro, Luis Loret de Mola, y en la que Papá había vivido los primeros diez años de su matrimonio. Me contó que su interrogador le dijo, "Mire, Zayas-Bazán, alégrese de que no lo vamos a fusilar porque usted representa todo lo que la revolución niega que sea bueno. Usted era de la clase alta, usted fue educado en los Estados Unidos, usted es aparentemente un político honesto. Usted, francamente, nos perjudica. A usted no nos conviene tenerlo en Camagüey. A usted lo deberíamos llevar al paredón junto con los otros. Así es que no se queje." Días después fusilaron a Fernández Medrano, a Martínez Tapia y a Paradela. Condenaron a 20 años a Bermúdez y a Papá a diez.

Cuando lo mudaron del G-2 para la cárcel de Camagüey, los presos de la cárcel lo trataban con tanta deferencia que varios fueron incomunicados en penitencia. Pocos días después decidieron llevárselo para el G-2 otra vez. Y sufrió larga prisión durante siete años y medio; una prisión digna pero no rebelde. Nunca fue preso plantado. En las distintas prisiones en que estuvo se ponía el uniforme que le daban y trabajaba

donde lo asignaban. Después de estar en el G-2, lo pasaron para Isla de Pinos, donde pasó varios años; de allí lo mudaron para la Cabaña, y terminó en la Cárcel de Morón, donde trabajó en una rudimentaria biblioteca que allí tenían y se entretenía enseñándoles francés a los presos políticos.

Isla de Pinos fue una gran decepción para Papá. Se encontró con facciones políticas que se odiaban, con presos plantados que menospreciaban a los presos menos rebeldes. Húber Matos, que también se encontraba preso allí, se negó a hablar con él. Papá quedó tan desencantado con sus experiencias en Isla de Pinos que nunca más se sintió optimista sobre el futuro de Cuba.

Cuando logró salir de Cuba en 1972, Tony Varona, político ejemplar camagüeyano, lo trató de involucrar en actividades políticas, pero Papá no quiso.

Prefiero pensar que Papá estaba equivocado en cuanto a los cubanos, que lo que vivió en Isla de Pinos fue una etapa que después se superó, que con el tiempo los cubanos nos hemos vuelto más tolerantes. Porque si los cubanos no aprendemos a perdonar, aunque no podamos olvidar lo pasado, entonces no mereceremos volver a nuestra Patria.

Papá tenía un concepto sagrado de la amistad. Era extremadamente leal con sus amigos y trataba con gran ternura a las personas mayores. Sus amigos intuían que podían contar con él en lo que estuviera a su alcance. En el exilio, donde no aspiraba a ganarse votos, visitaba a coterráneos religiosamente y siempre estaba

listo para hacerles pequeños favores a los necesitados. En visita que hice con él en los últimos años de su vida a casa de los Martínez Tapia y a las de otros viejos amigos camagüeyanos, me daba cuenta de cómo lo apreciaban.

Al poco tiempo de llegar a Miami en 1972, encontró trabajo en los muelles revisando las mercancías que entraban y salían. Trabajó con los estibadores hasta que cumplió los 75 años y después de su retiro se dedicó a su esposa Yoya Silva, la cual sufría de Alzheimer. Así continuó hasta su inesperada muerte. Recibía las decepciones de los malagradecidos y de los envidiosos con naturalidad, achacándoselas a las debilidades del ser humano.

Estoy convencido de que Papá murió en paz, y que veía lo que padeció durante sus años de prisión como un purgatorio necesario para purificar sus imperfecciones. Me consta que perdonó a los que le hicieron daño porque jamás lo oí expresarse mal de ellos.

Todos estos pensamientos pasaron por mi mente mientras escuchaba el día de su entierro en la iglesia St. Raymond de Miami al Padre Carrillo, que obviamente no sabía nada de la historia de Papá, y que decía sobre él las generalidades que se mencionan cuando no se conoce a la persona de que se habla. Y yo, que adoraba a Papá, que me encontraba mudo de tristeza, hubiera dado la vida porque Marcelino Martínez Tapia hubiera estado allí con nosotros, y que con esa facilidad de expresión que poseía, hubiera podido decirles todas

estas cosas de la vida de Papá que ahora me honro en
contarles.

Eduardo Zayas-Bazán

Johnson City, Tennessee

donde lo asignaban. Después de estar en el G-2, lo pasaron para Isla de Pinos, donde pasó varios años; de allí lo mudaron para la Cabaña, y terminó en la Cárcel de Morón, donde trabajó en una rudimentaria biblioteca que allí tenían y se entretenía enseñándoles francés a los presos políticos.

Isla de Pinos fue una gran decepción para Papá. Se encontró con facciones políticas que se odiaban, con presos plantados que menospreciaban a los presos menos rebeldes. Húber Matos, que también se encontraba preso allí, se negó a hablar con él. Papá quedó tan desencantado con sus experiencias en Isla de Pinos que nunca más se sintió optimista sobre el futuro de Cuba.

Cuando logró salir de Cuba en 1972, Tony Varona, político ejemplar camagüeyano, lo trató de involucrar en actividades políticas, pero Papá no quiso.

Prefiero pensar que Papá estaba equivocado en cuanto a los cubanos, que lo que vivió en Isla de Pinos fue una etapa que después se superó, que con el tiempo los cubanos nos hemos vuelto más tolerantes. Porque si los cubanos no aprendemos a perdonar, aunque no podamos olvidar lo pasado, entonces no mereceremos volver a nuestra Patria.

Papá tenía un concepto sagrado de la amistad. Era extremadamente leal con sus amigos y trataba con gran ternura a las personas mayores. Sus amigos intuían que podían contar con él en lo que estuviera a su alcance. En el exilio, donde no aspiraba a ganarse votos, visitaba a coterráneos religiosamente y siempre estaba

listo para hacerles pequeños favores a los necesitados. En visita que hice con él en los últimos años de su vida a casa de los Martínez Tapia y a las de otros viejos amigos camagüeyanos, me daba cuenta de cómo lo apreciaban.

Al poco tiempo de llegar a Miami en 1972, encontró trabajo en los muelles revisando las mercancías que entraban y salían. Trabajó con los estibadores hasta que cumplió los 75 años y después de su retiro se dedicó a su esposa Yoya Silva, la cual sufría de Alzheimer. Así continuó hasta su inesperada muerte. Recibía las decepciones de los malagradecidos y de los envidiosos con naturalidad, achacándoselas a las debilidades del ser humano.

Estoy convencido de que Papá murió en paz, y que veía lo que padeció durante sus años de prisión como un purgatorio necesario para purificar sus imperfecciones. Me consta que perdonó a los que le hicieron daño porque jamás lo oí expresarse mal de ellos.

Todos estos pensamientos pasaron por mi mente mientras escuchaba el día de su entierro en la iglesia St. Raymond de Miami al Padre Carrillo, que obviamente no sabía nada de la historia de Papá, y que decía sobre él las generalidades que se mencionan cuando no se conoce a la persona de que se habla. Y yo, que adoraba a Papá, que me encontraba mudo de tristeza, hubiera dado la vida porque Marcelino Martínez Tapia hubiera estado allí con nosotros, y que con esa facilidad de expresión que poseía, hubiera podido decirles todas

estas cosas de la vida de Papá que ahora me honro en
contarles.

Eduardo Zayas-Bazán

Johnson City, Tennessee